

mentó del 20 por 100 en las horas nocturnas, día y media de descanso semanal y un aumento de salarios en función del aumento del precio de las entradas. La huelga, de las llamadas "legales", no ha sido resuelta en el momento de redactar estas líneas.

Dos cuestiones inmediatas parecen desprenderse de la insólita noticia (que sólo tiene un breve antecedente similar en Pamplona en el año anterior y la ya mítica huelga de los actores de teatro en febrero de 1975). De un lado, el hecho de que gran número de los empleados de las salas de proyección (acomodadores, taquilleras, empleadas de lavabos...) tengan que contar para conseguir un mínimo económico suficiente con las propinas: el famoso duro que cada espectador pacientemente va añadiendo al ya alto precio de las entradas para pagar un sueldo que los empresarios no ofrecen.

De otro, la mecánica de la exhibición: cómo los locales cinematográficos pertenecen a amplias cadenas regentadas por unas cinco familias que hacen y deshacen a su libre antojo; su capacidad de acción no se limita ya a regentar los locales de su propiedad como les venga en gana, sino que va ampliándose en función de su capacidad económica, llegando directamente a la producción de películas. Siendo ellos los dueños de la mayor cantidad de cines españoles, lógico es que elijan "a priori" las películas que quieren proyectar. Si hasta el momento censuraban espontáneamente una serie de títulos o de autores (José Luis Dibildos sufre un boicot de algunas de estas cadenas por haber sido el máximo defensor de la claridad en el control de taquilla), ahora censuran la producción desde sus mismos orígenes. Y es lógico que con una capacidad como ésta se permitan el lujo de cerrar 159 cines un fin de semana, o vaya usted a saber cuánto tiempo. ■ DIEGO GALAN.

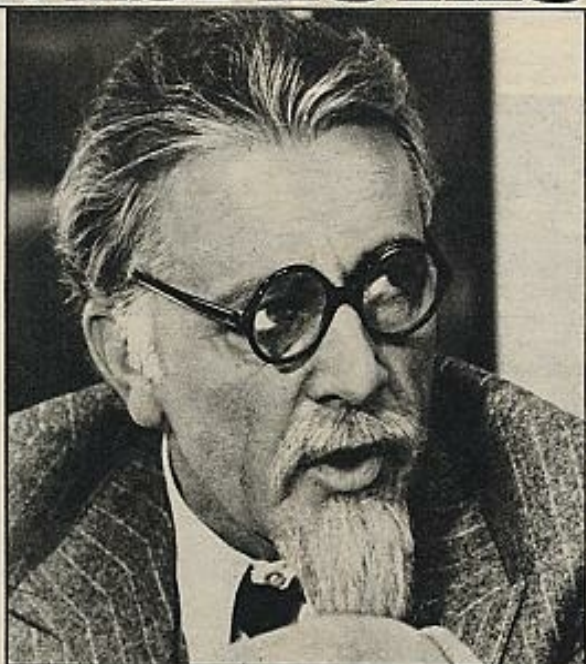
## El miedo a comprometerse

"El asesinato de Trotsky" ha tenido la "virtud" de ser una película que no ha gustado prácticamente a nadie: ni a los trotskistas, ni a los stalinistas, ni a los defensores del cine político, ni a los del cine espectáculo, ni a los partidarios de la obra de Losey, ni a sus habituales detractores... Unanimidad

hostil exagerada, injusta en cierto sentido, pero al mismo tiempo perfectamente lógica. Porque nace del propio planteamiento del film, del camino elegido por el autor de "El sirviente" a la hora de abordar un tema tan profundamente difícil y espinoso como el de la aniquilación del líder marxista.

"Este período mexicano de la vida de Trotsky es, sin duda, el único que puede ser expresado en términos dramáticos. Y debe bastar para que los trotskistas vean que se trata de un asesinato político; y para hacer observar a los comunistas un acercamiento crítico respecto al socialismo que hoy nadie se atreve seriamente a poner en duda (...). He querido que mi película fuera detergente, anti-séptica. Un film 'limpio' que no dejase la menor duda en cuanto a los hechos que en él se muestran (...). No creo que 'El asesinato de Trotsky' pueda desencadenar pasiones en contra, porque en ningún momento yo he tomado partido ni he hecho otra cosa que seguir —siempre que era posible— los rastros de la Historia". En éstas y en similares declaraciones efectuadas por Joseph Losey ante el estreno mundial —en 1972— de su "The assassination of Trotsky" puede percibirse el deseo del cineasta de no comprometerse excesivamente en el trasfondo político de los sucesos que narra; más aún, cabe deducir de sus palabras un cierto temor ante la historia —o Historia— que tiene entre manos. Como queriéndose situar "au dessus de la mêlée", al margen de toda polémica conflictiva, desea agradar a unos y a otros sin que nadie se vuelva contra él.

¿En nombre de qué principios éticos y estéticos actúa así Losey? Principalmente, de tres: el de la objetividad, el de los "hechos probados", y el de la preeminencia de lo individual sobre lo político o colectivo. Conforme a ellos, el realizador americano adopta una postura de relator imparcial de unos determinados acontecimientos; acontecimientos que sólo en aquella escasa parte en que están probados históricamente, tienen el derecho de acceder a la superficie; y superficie mucho más preocupada por reflejar la personalidad individual del asesino y de la víctima que por establecer un análisis y una investigación sobre las fuerzas ideológi-



Richard Burton, elegido por Joseph Losey para encarnar así la figura de Leon Trotsky.

cas y políticas que confluyeron brutalmente en la eliminación física de Leon Trotsky, el 20 de agosto de 1940, a manos del español Ramón Mercader.

De esta manera, ciertamente, Losey no ha sido acusado de trotskista ni de stalinista, ni su película ha desencadenado "pasiones en contra": una indiferencia general, teñida por esa unanimidad hostil que citábamos al comienzo, ha sido el resultado. La falta de un compromiso abierto y decidido, la ausencia premeditada de una toma de partido, suele tener estas consecuencias. Sobre todo, cuando no es un argumento de ficción lo que se aborda, sino que es la Historia con mayúscula aquello que se contempla cara a cara. Una Historia —además— terrible, trágica, vergonzante, cuyos elementos antagónicos permanecen en pie aún hoy, quizá con menos aristas, pero igualmente irreconciliables. Han pasado treinta y siete años desde el asesinato de Trotsky, el stalinismo agresivo (aunque no sus fórmulas burocráticas ni su "congelación" del socialismo) ha desaparecido del mundo, la relación de fuerzas es hoy muy otra que en 1940... Así las cosas —que no varían por el hecho de que la película nos haya llegado con cinco años de retraso, consecuencia de la prohibición gubernativa—, cabía exigirle a Losey un planteamiento mucho más clarificador y comprometido,

que estudiara seriamente las causas del enfrentamiento Stalin-Trotsky, el porqué en un determinado momento los Servicios Secretos soviéticos decidieron acabar con el padre de la "revolución permanente", cuáles eran las condiciones por las que hombres del nivel mental de un David Siqueiros (presente en el film, pero sin que nunca se cite el nombre del autor de murales que en él aparece) se prestaron a atacar contra la vida del fundador del Ejército Rojo... Muy poco de todo ello —al no ser "hechos probados objetivamente"— surge en el trabajo de Losey y de su guionista, Nicholas Mosley, más interesados en describirnos el miedo y la inestabilidad psicológica de Ramón Mercader, datos tan poco significativos como sí lo era esa interpretación histórica del atentado que echamos en falta. Y así, "The assassination of Trotsky" sin ser —ni mucho menos— una mala película que no merezca contemplarse y discutirse, es algo quizá más lamentable: una película equivocada. ■ FERNANDO LARA

## "Fresas y sangre" ("The strawberry statement")

Sería difícil que los productores norteamericanos dejaran pa-